

**Fernández, Víctor Manuel**

*Inculturar el crecimiento*

Revista Vida Pastoral N° 239, 2003

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *Inculturar el crecimiento* [en línea]. *Vida Pastoral*, 239 (2003) <http://www.san-pablo.com.ar/vidapastoral/index.php?seccion=articulos&id=47> Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/inculturar-crecimiento-victor-fernandez.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

## Espiritualidad

### *Inculturar el crecimiento*

Autor: [Víctor Manuel Fernández](#)

***Continuando con la reflexión del autor sobre la espiritualidad evangelizadora descubrimos como ella llama a una penetración progresiva en la cultura local de la que se trate, dentro de un proceso de crecimiento.***

#### **1. El momento de la purificación**

En el proceso de inculturación se deben revisar los elementos culturales que, según los criterios evangélicos, podrían ser superados. Por ejemplo, todas aquellas costumbres que conllevan conductas discriminatorias hacia ciertos sectores sociales (la mujer, los extranjeros, etc.); pues entendemos que toda cultura está llamada a crecer.

Cuando la Iglesia entra en comunión con una cultura *la* enriquece al mismo tiempo que *se* enriquece (cf GS 58c). Esto implica que el evangelizador, al inculturar su espiritualidad, no es solamente receptivo, sino que también *aporta algo a la cultura de su pueblo*, lo enriquece. Si se trata de una cultura no cristiana le ofrece la luz del Evangelio. ¿Pero qué aportará cuando ya están inculturados muchos valores cristianos y una espiritualidad popular, como la de nuestros pobres? El reconocimiento de que ese pueblo está llamado a crecer y a enriquecerse más todavía con la vida de la gracia y con la luz del Evangelio, procurando generar más belleza en sus rasgos para que Cristo resplandezca todavía más en ese lugar.

El evangelizador está llamado entonces a cultivar su espiritualidad en el ejercicio de un amor vivido que es capaz de promover, de proponer, de invitar a algo más, de incentivar el crecimiento del pueblo y de su cultura; cultivando su creatividad propondrá nuevas maneras de amar a Dios y alentará también nuevas maneras de servicio, de encuentro fraterno, de diálogo y de ayuda mutua: "Siéntanse miembros del grupo humano en el que viven, y tomen parte en la vida cultural y social interviniendo en las diversas relaciones y negocios de la vida humana; familiarícense con sus tradiciones nacionales y religiosas; descubran con gozo y respeto las semillas de la Palabra que en ellas se contienen. Pero atiendan, al mismo tiempo, a la profunda transformación que se realiza entre la gente y trabajen para que los hombres de nuestro tiempo...despierten a un deseo más vehemente de la verdad y de la caridad revelada por Dios" (*Ad Gentes* 11b).

En este proceso, la espiritualidad del pueblo o "piedad popular", es una base "para emprender nuevas iniciativas de evangelización... Constituye un valioso e imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más profunda" (Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, cit. 64).

Cuando se habla de "evangelizar" a la espiritualidad popular, no se quiere decir que esté privada de riqueza evangélica, sino que se procurará aportar un nuevo anuncio

del Evangelio para explotar mejor sus hondas potencialidades de fe, de esperanza y de amor, haciéndola más "fecunda" (*Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, cit. 66). Teniendo en cuenta que la caridad misericordiosa es la más perfecta de todas las virtudes (S. Tomás, *Summa Th II-II*, 30, 4), habrá que buscar que el crecimiento se exprese en un desarrollo de las potencialidades de liberación social y de promoción humana que están insertas en la espiritualidad popular.

Se ha dicho que la inculturación "es un complejo proceso en el cual el Evangelio es pensado, expresado y vivido en una cultura en la cual el Cristianismo no ha sido todavía suficientemente encarnado" (Comisión teológica internacional, *Die Einheit des Glaubens und der theologische Pluralismus*, Einsiedeln 1973, 180). Así entendida, la inculturación es permanente, nunca se acaba, ya que el Evangelio nunca está perfectamente encarnado en un lugar. En la actualidad las culturas se modifican constantemente y aquí nos encontramos con un proceso dinámico permanente en el que siempre aparecen nuevos desafíos. Tengamos en cuenta que hoy se ha desarrollado un mercado que reduce la espiritualidad a un artículo de consumo y propone una religiosidad carente de auténticos compromisos amorosos. Estas propuestas globalizadas pueden distorsionar o debilitar los mejores valores de la religiosidad popular. Por eso, un desafío que se plantea más directamente a la Iglesia en este momento es el de *captar* la sed espiritual del pueblo, valorando su modalidad propia, ofreciéndole vías de *expresión* y reorientando permanente esa apertura religiosa hacia un cristianismo integralmente vivido, comprometido en las exigencias evangélicas de *fraternidad y de justicia*. El encuentro con Cristo se convierte así en "punto de partida para una auténtica conversión y para una renovada comunión y solidaridad" (*Ecclesia in America*, 12), porque la conversión continua "significa revisar todos los ambientes y dimensiones de la vida, especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común" (*Ecclesia in America*, 27).

## 2. Una espiritualidad que toque las estructuras

Hoy a los cristianos se nos plantea la ineludible exigencia evangélica de organizarnos para responder activamente al clamor del necesitado, para permitirle vivir de acuerdo a su inmensa dignidad. Se trata de no cauterizar los oídos ante la insistente pregunta que el Padre Dios nos dirige cada vez que le rendimos culto: *¿Y dónde está tu hermano?* (Gn 4, 9).

Pero la respuesta ante las estructuras injustas que nos superan no es sólo un intento aislado de cada uno para ser fiel a Dios. La acción de la gracia, si no es resistida, tiende a desarrollar actitudes que contagien y provoquen una novedad social, asumiendo un tipo de espiritualidad que mueva a debilitar las estructuras de pecado social. (E. Dussel explica cómo, en el contexto actual, esto no implica una revolución, pero sí un proceso de transformación que terminará cambiando todo el sistema. Participando de ese proceso el cristiano no es simplemente reformista sino transformador: *El reto actual de la ética*, en Aa. Vv., *Fin del capitalismo global*, Buenos Aires, 1999, pp. 202-203). No hay que olvidar que, junto a la "conversión social" que se pide a todos y cada uno, la Iglesia habla de la necesidad de crear un nuevo "sistema de mecanismos" que permita



modificar la otra red de mecanismos sociales que el Documento de Medellín describía como "cristalizaciones del pecado en estructuras injustas" (*Medellín*, Justicia I, 2).

Hay, pues, un último desarrollo de la conversión, al cual se llega con mucha dificultad, que se llama "conversión estructural". A este meta, más que al llamado "matrimonio espiritual", tendría que aspirar el crecimiento místico de los cristianos. Esto sería indiscutible si se recordara que la expresión más perfecta del amor a Dios es la misericordia (S. Tomás, *Summa Th.*, II-II, 30, 4).

### **3. Juntos es más fácil**

Para que se produzca un cambio real es necesario acoger la acción del Espíritu que trasciende las preocupaciones y opciones individuales, porque, además de cada "pequeño mundo", existe una realidad que resulta de la conexión de las múltiples opciones de las distintas personas y sociedades.

El bien común no es sólo la suma de los bienes particulares, sino que implica un *plus*, en el que hay bienes que nos superan como individuos porque resultan de la *conjunción* de muchas decisiones y actividades de distintas personas. Ese bien común no se produce por la acumulación de muchos actos individuales, sino en la medida en que se relacionan y se influyen las personas entre sí; las acciones de los demás siempre nos modifican de alguna manera: "El concepto de agentividad no está limitado a las elecciones que hacemos deliberadamente y tras haber reflexionado. La vida social es extremadamente fluida, y necesita una conciencia sutil y dinámica. Cada persona ocupa una posición distintiva y actúa de forma individual, aunque las acciones se articulan unas con otras para producir actos completos" (T. Kitwood, *La preocupación por los demás. Una nueva psicología de la conciencia y la moralidad*, Bilbao, 1996, p. 63). El encuentro entre las personas "es, en rigor, un entrecruzamiento de ámbitos que da lugar a un ámbito de mayor envergadura" (A. López Quintás, *El encuentro y la plenitud de la vida espiritual*, Madrid, 1990, p. 60). Cuando ese "*ámbito de mayor envergadura*" es la sociedad entera, donde un individuo aislado parece tener muy poco poder de decisión y de influencia, cabe advertir que la gracia puede también actuar a un nivel inter y supra-personal: "...el Espíritu Santo posee una inventiva infinita, propia de una mente divina, que provee a desatar los nudos de los sucesos humanos, incluso los más complejos e impenetrables" (Juan Pablo II, Catequesis del 24/04/1991). Desde esta perspectiva podríamos leer, por ejemplo, la lucha que llevó adelante Martin Luther King: allí se produjo un cambio decisivo en la sociedad, porque hubo una fuerza *comunitaria* disponible para secundar el influjo del Espíritu. No bastaba con buenas voluntades aisladas. Hacía falta construir una trama social que cooperara con la iniciativa de la gracia. Lo mismo podemos decir de los movimientos ligados a San Francisco de Asís, la Madre Teresa de Calcuta, etcétera.

### **4. Más inculturación**

A esto se ordena el discernimiento que ha de acompañar a todo proceso de inculturación y purificación. Pero, a la luz de lo que hemos dicho, tal purificación no es un proceso de lucha directa contra determinados antivalores insertos en una cultura popular. Consiste, más bien, en estimular el crecimiento de los valores ya presentes, extrayendo todas sus potencialidades, de manera que ese mismo crecimiento vaya manifestando la inconveniencia de otros antivalores y les quite la fuerza. La purificación de una cultura se inserta entonces en un dinamismo más amplio de "promoción".

De todos modos, en el dinamismo encarnatorio siempre hay una kénosis, un abajamiento, una aceptación de los límites a los que uno se ve sometido cuando ama y se introduce en la vida del amado. El Evangelio puede promover el desarrollo de valores nuevos o poco presentes en una cultura, particularmente los que están ligados a la fe explícita en Jesucristo. Pero la Iglesia escucha la insistente invitación de Jesús a la paciencia y a la misericordia y se deja exhortar por el Maestro: "Sean compasivos como el Padre celestial es compasivo. No juzguen y no serán juzgados. No condenen y no serán condenados" (Lc 6, 36-37; ver Lc 5, 29-32; 11, 46; 15; 16, 4; 17, 4; 18, 9-14; Mt 5, 21-22; 7, 3-4; 9, 13; 18, 32-33; 20, 15). La comunidad eclesial procura que la libertad de cada ser humano sea educada, sanada y regenerada. Pero es madre, y debe contener a todos, en cualquier momento del camino en el que se encuentren. El crecimiento espiritual y el desarrollo de la conciencia moral son procesos lentos, en los que la gracia de Dios trabaja con la libertad débil del hombre, sin violentarla pues se trata de una libertad llena de condicionamientos que muchas veces disminuyen la responsabilidad de las acciones (Ver *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1735). Esto nos permite llegar a la siguiente conclusión: se trata de profundizar y perfeccionar un proceso de inculturación ya iniciado en el que el crecimiento ha de ser *una mayor inculturación*, porque la inculturación es progresiva, dinámica y evolutiva. Hay que lograr que el Evangelio se exprese mejor y con mayor intensidad *en* la cultura, de manera que la espiritualidad brote y crezca desde su mismo corazón.

Este proceso de inserción paciente y profunda es, en sí mismo, un proceso *espiritual* por cuatro motivos fundamentales:

- a. Porque implica una prolongación del dinamismo de la Encarnación y una imitación de Jesucristo.
- b. Porque procede del impulso del Espíritu, que siempre nos lleva a reproducir el dinamismo del Verbo encarnado.
- c. Porque es expresión de amor delicado y respetuoso hacia el prójimo, procurando promoverlo desde su propia identidad. La inculturación es un aspecto ineludible de la auténtica "espiritualidad de comunión" (*Novo Millennio Ineunte* 43).
- d. Porque el contenido del Evangelio que se busca inculturar no es sólo una doctrina, sino un estilo de vida que procura dinamizar todas las dimensiones de las personas y toda la vida del pueblo.

## **5. Los verbos del dinamismo de la inculturación**

Finalmente, para mostrar la totalidad del proceso de encarnación o inculturación de la espiritualidad, quisiera remarcar algunos de los verbos que se han utilizado para describir este dinamismo (asumo parcialmente, y a mi modo, la completa enumeración de verbos que hace Carlos Galli en su tesis doctoral inédita):

- a. Ante lo que el Espíritu ha sembrado en un contexto cultural: *contemplar, aceptar, reconocer, apreciar, acoger, apropiár, asumir, asimilar*.
- b. A partir de esta actitud receptiva, se desarrollan otras actitudes más donativas ante esos mismos valores: *sostener, defender, animar, fomentar, consolidar, promover*.

c. El amor que el evangelizador siente ante esa riqueza espiritual ya dada, genera el deseo de liberarla de los elementos negativos que puedan empañarla o enfermarla: *corregir, denunciar, purificar, sanar, rectificar, restaurar, ordenar, encauzar...* la Iglesia "asumiendo purifica" (*Lumen Gentium*, 13b).

d. Finalmente, se produce un dinamismo de crecimiento que procura relacionar esa cultura con las demás comunidades, con la Iglesia universal, para elevarlo todo en la plenitud de Jesucristo. Aquí el dinamismo encarnatorio se ve completado por el misterio de la glorificación del Señor, que alcanza el dominio sobre todo lo creado, que lo llena todo, y que habita en todas las comunidades particulares: *conectar, dilatar, ampliar, completar, iluminar, fecundar, impregnar, perfeccionar, plenificar, consumir, recapitular.*



Que el Espíritu nos conceda ser instrumentos de este misterio de encarnación espiritual en la vida de nuestro pueblo.